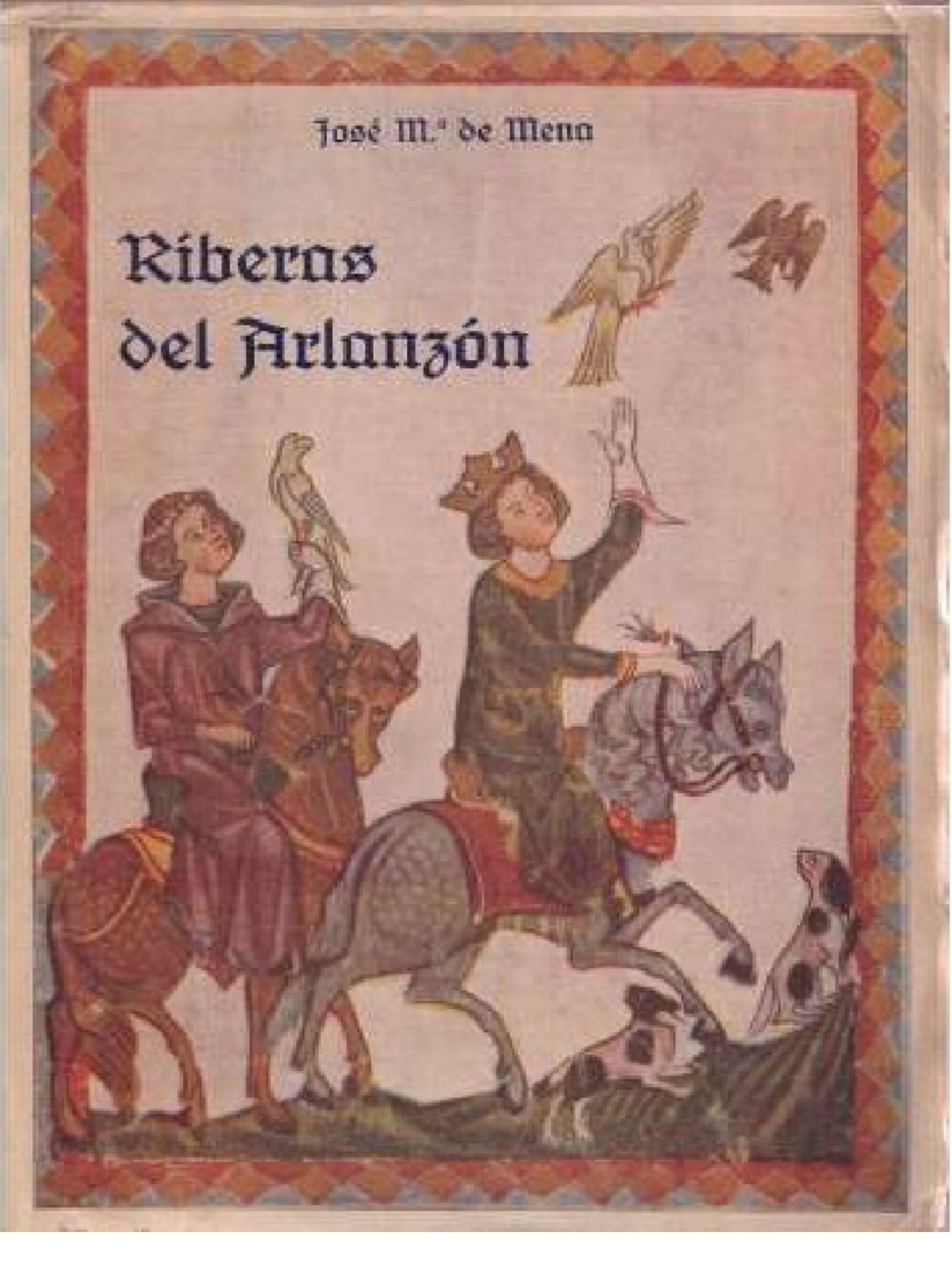
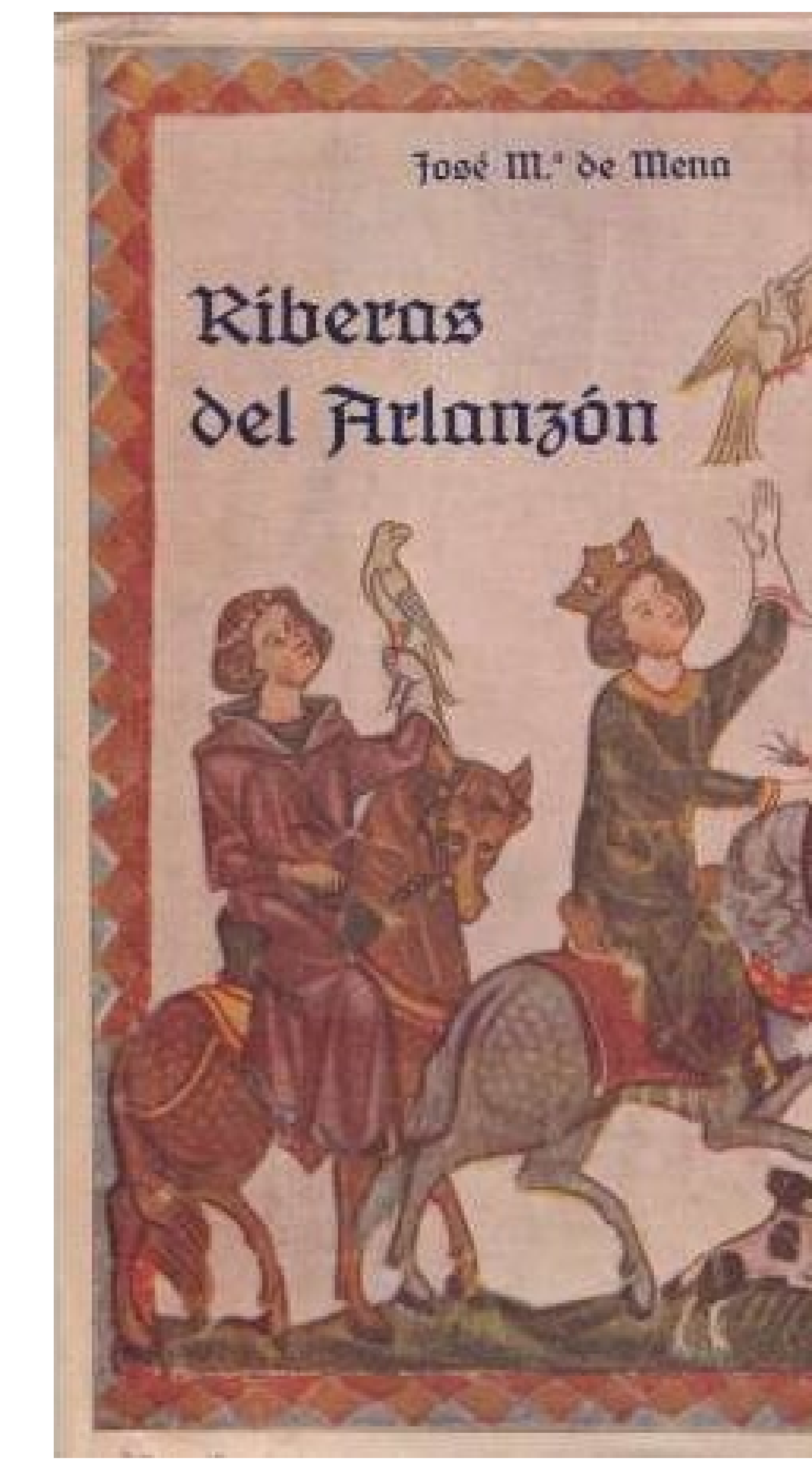

José M.ª de Mena
Riberas del Arlanzón


José M.ª de Mena
Riberas del Arlanzón

Se edita este libro por acuerdo del'Excelentíssimo Ayuntamento de Burgos, em sesión celebrada el 6 de noviembre de 1946, siendo Alcade-Presidente el Iltmo. Sr. D. Carlos Quitana.

RIBERAS
DEL ARLANZÓN

POEMAS DE CASTILLA

POR

JOSÉ M.ª DE MENA

1946
IMPRENTA ALDECOA
BURGOS

Castilla milenaria

En inquietud que incuba lides nuevas
Castilla dobla su primer milenio.

Era Castilla um apacible bosque
y una ruta de ovejas trashumantes.
Hoy es áspera lucha de jayanes,
labradores de gleba casi estéril
que trabajan en un trigal imenso.

Árbol tras árbol fué cediendo el bosque;
pereció en leña de vivacs e castros,
constante alternativa de las guerras
sobre las dos fronteras del romance;
en talas de los moros en algara;
en revueltas y razzias de señores
feudales de pendón, caldero y horca;
en madera de quillas marineras
que cruzaron los mares ignorados,
y en astas de banderas y de picas
clavadas victoriosas sobre todos
los riscos de los Andes, y en las bajas
tierras flamencas de Amsterdán y Amberes.
Hoy, sin bosques ni árboles, Castilla
tiende desnuda, sobre el pardo suelo
de la llanura, su alma gigantesca.

Su alma, que es una Raza, un Verbo, un Arte.

Verbo: troquel exacto del espíritu
de los pueblos que pueblan este mundo.
Oh VERBO de Castilla, apto lo mismo
para plegaria ardiente que para acre
picaresca de mozas y truhanes.

Arte es el alma de Castilla, ARTE:
Castillos de Pedraza y de Buitrago,
castillos de Padierne y Santillana...
Hay castillos en todos los alcores,
ciudades bajo todos los castillos,
y en todas las ciudades, catedrales.

Catedrales de ojivas y de flechas
de fina orfebrería, patinadas
ya por el oro sol de mil estíos
y por en agua, ya, de mil otoños.

Girolas llenas de pesada sombra,
capillas llenas de piadosas luces...
Y en el fondo de cada sacristía
cuadros del Greco, alucinantes cuadros,
y Apocalipsis de San Juan, miniados
por el Beato de Liébana, que fueron
terror en el principio del milenio.

Castilla: puentes, templos y castillos,
almenas y retablos de alabastro.
Y en los claustros románicos, obispos
y guerreros yacentes en granito
frente a patios de bojes y cipreses.

Castilla es Raza, es nuestra RAZA toda:
Ascetas que domeñan sus pasiones
bajo tosco sayal de penitentes;
místicos serafines a que guía
la luz divina entre la *noche obscura*;
capitanes que al árabe rescatan
palmo a palmo el solar de las Españas
y que saben luchar por el imperio
en el rigor de climas extremados
bajo todos los cielos del planeta.

Los Reyes vierten a Castilla toda
sobre la haz sedienta de las Indias:
oidores, misioneros y virreyes,
chancillerías, soldados y arbitristas
íntegra la trasplantan; y de modo
tal gravita su obra en las Américas
que aun hoy, en los mercados campesinos
del Cuzco, Quito, México y La Antigua,
cuando los indios de perfil de cobre
envueltos en sus ponchos de colores
quieren encarecer su mercancía,
dicen con voz solemne: "Esto es Castilla."

VERBO, troquel exacto del espíritu,
ARTE, enraizado en piedras milenares,
y RAZA, raza eterna: ESTO ES CASTILLA.

Así en pasados siglos era, y pronto
habrá de ser de nuevo si queremos
que por Castilla resucite España.

¡No más dormir un sueño de recuerdos
evocando las glorias de otros siglos!

Renazcan las encinas y pinares
sobre la tierra estéril y desnuda;
haya otra vez merinas de la Mesta
que recorran cañadas y cordeles;
y vuelva a ser Castilla el pensamiento
y la fuerza y el alma.
Y pues Castilla dobla su milenio,
EMPIECE UN NUEVO CICLO DE SU HISTORIA.

Tres páginas de historia

Puente de los Malatos

Carretera de Burgos,
clara mañana; la chopera del rio
el viento abraza.
Por el camino
van – bordón y rosario –
los peregrinos.

Desde la torre de Santa María
– filigrana de piedra cincelada –
las campanas esparcen
su voz de gloria sobre el alba.

Los trigales
enarcan sus espigas como lanzas
u un sol de Dios
cubre de benediciones la tierra castellana.

Por el camino
van – bordon y rosario –
los peregrinos.
Su paso guía
com voces de campanas
Santa María.

Puente de los Malatos,
angosta pasarela
hecha para el dolor
de la carme doliente
mordida por la lepra.

Sobre el agua del río,
con tus ojos de piedra
estás llorando lástimas
sin que nadie lo vea.

Puente de los Malatos,
vieja puente de piedra.

Sonando el esquillón van los leprosos
para avisar que llegan.
Quien los oye se aparta
con horror y con pena,
y las voces se callan
y se cierran las puertas.

Por amor de San Lázaro

un mendrugo les echan
desde lejos.
                    Después
el esquillón otra vez suena
y allá van por el mundo
sin camino ni meta
esperando la muerte
que, más piedosa, sin temor se acerca.

              Puente de los Malatos,
por tu perfil de piedra
los mendigos leprosos
arrastan su miseria.

Pero el sol es de todos,
leprosos y sin lepra,
y el mismo Dios nos guarda el mismo cielo
al final deste valle de tristezas.

Los pobres de San Lázaro
llevan al aire, entre andrajos, su lepra.
Pero hay muchos leprosos
que por dentro, en el alma, la llevan.

Puente de los Malatos.
Todos los puentes son iguales en la tierra.

Y un día, bajo el sol glorioso,
cuando la muerte, que también es vida, venga,
San Lázaro os dará la santa mano
y os sentará del Dios Padre a la diestra.

              Las campanas cantaban
aleluyas de fiesta.
San Francisco de Asís,
hermano de gusanos y de estrellas,
una sonrisa dulce
sdesgranaba en la piedra.
El sol de mañana
besaba las espigas de la gleba.

¡ Junto a las piedras de la vieja puente, florecía
una rosa de mayo, la primera!

El testamento del Cid

Es el atardecer anubarrado y frio
de un día de diciembre. La luz crepuscular
se disfuma en las nieblas que bajam por el río.

De vez en cuando, rachas de viento hacen silbar
las tejas de pizarra. Se oye el graznar agudo
de unos patos salvajes por el lado del mar.

Los charcos se endurecen. Al despiadado y crudo
relente de la tarde, se arrebujan medrosas
las ramas indefensas de cada árbol desnudo.

La humedad pegadiza reverbera en las losas.
Un aire entre friolero, desolado y contrito
parece entumecer el alma de las cosas.

Valencia. escalofriada de un helor infinito,
se acurruca al abrigo del rigor invernal
detrás de sus cerradas murallas de granito.

Es diciembre. Atardece. Desde la catedral
la voz de las campanas, lenta y solemne, vierte
el lúgubre tañido de un clamor funeral.

¿Por quién tocan? ¿A quién su son fúnebre advierte?
¿Para quién su plegaria lastimera y pausada?
¿Quien está trasponiendo el umbral de la muerte?

Con luces temblorosas, en dos filas formada
va una larga y silente comitiva. Despacio
abre camino el clero llevando cruz alzada.

Un rumor de colmena palpita en el espacio;
– son los frailes que rezan –; y tras ellos siguiendo,
el pueblo en procesión se encamina a Palacio.

El son de las campanas, monótono y tremendo,
en lo alto de la torre no cesa en su clamor
encomendando el alma del que se está muriendo.

Saludemos su nombre. Porque ese pecador
que en la cámara regia de Palacio agoniza
Es Ruy Díaz de Vivar, el Cid Campeador.

Por los largos pasillos obscuros se desliza
la servidumbre ahogando sollozos. Pone el llanto
en los rostros de todos la cor de ceniza.

Ya llega ante las puertas la procesión. En tanto
sube las escaleras el Santísimo, humilla
sus espadas la guardia entre fervor y espanto.

La luz de los ciriales por los salones brilla
amortecidamente. Relucen como espejos
las corazas y escudos labrados en Castilla,

Y los tapices moros devuelven sus reflejos.
Los clérigos que rezan acompasando el paso
tienen la palidez de los marfiles viejos.

Sólo entran en la estancia el obispo y escaso
grupo de acompañantes. Tras ellos caen los rojos
pliegues de los pesados cortinajes de raso.

Al fondo de la alcoba, brillándole los ojos
como ascuas por la fiebre, el Cid se alza del lecho
a ver entrar el Viático, y en tierra cae de hinojos.

Dos pajes por los brazos le mantienen derecho
mientras él con la diestra temblona y descarnada,
murmurando oraciones, se da golpes de pecho.

Le vuelven a acostar. Por la faz afilada
corre un hilo del llanto que los ojos le llena
y le gotea por la barba emarañada.

Infanzones y dueñas asisten a la escena
arrodillados en un obscuro rincón.
Junto al lecho del Cid está doña Jimena

Como la imagen viva de la humana aflicción.
Litúrgicos latines. Chisporroteo de cera.
El Cid, piadosamente, toma la Comunión.

Silencio. Tras un rato de rolongada espera
sale por fin el largo cortejo episcopal.
Ya es de noche. Apiñado, el pueblo aguarda afuera.

La procesión regresa hacia la catedral;
los ciriales naufragan entre llovizna y viento.
Las campanas prosiguen su clamor funeral.

Y el Cid queda en Palacio haciendo testamento.

"Fijosdalgo y escuderos
de mi casa y mi solar;
los que os armáis con mis armas,
los que coméis de mi pan.

Hombres buenos de Castilla,
pinariegos del pinar,
labrantines que labráis
las tierras de pan llevar.

Ricoshombres e infanzones
de nobleza principal,
los que non pecháis en Burgos
por ser horros de pechar:

Sintiéndome ya en el cabo
desta vida terrenal,
ortogo mi testamiento
yo, el Cid Ruy Díaz de Vivar,
amte escribano del rey
y con mi razón cabal.

El alma encomiendo a Dios
como a señor natural.
Más poderoso herdero
non la pudiera encontrar.
Que Él reciba la mi manda
y le de asiento en su lar.

Non lo pido por justicia,
mas lo espero por piedad,
pues el alma, por ser alma,
a tanto puede llegar.

Mando mi cuerpo a la tierra,
porque es tierra nada más.
Que por mortaja le pongan
de paño burdo un sayal,

y que me gasten en misas
lo que hubiera de gastar
en mármoles repujados
que ningún provecho dan.

ITEM MÁS, al rey Alfonso,
porque pueda acrecentar

ese reino de Castilla,
le mando otro reino igual:
el de la rica Valencia
que baña el agua del mar.

Non lo hube de mis padres
ni como dote al casar,
ni lo gané en las tabernas
con los naipes de jugar,
que lo gané con mis lanzas
en valiente batallar,
cuando el mismo rey Alfonso
me mandara desterrar.

Así le pago el destierro,
dándole un bien por un mal,
que así muestra un castellano
si estraidor o si es leal.

ITEM, mando a mi mujer
y a mia hijas mi caudal,
que den su parte a los pobres
con largueza y caridad.

A la hermandad de San Lázaro
lego el prado de Vivar,
y a San Pedro de Cardeña,
donde me habrán de enterrar,
mando el pago de Castrillo
y un molino en San Millán.

Mis cabajjos y mis armas
que se den a cada cual
de mis claros infanzones,
que bien sé me han de llorar.

Ah mis buenos caballeros,
cómo me duele el dejar
vuestra lucida compaña,
noble como la que más.
Hueste que ni el Santo Apóstol
mejor la pudo soñar.

Por vuestro brazo y mi brazo
Castilla creció hasta el mar;
que no se pierda este suelo,

que tanto costó ganar.

Decidle al rey don Alfonso
que está lejos el final,
que no desmaye su celo,
pues falta lo principal.

Nació Castilla la Nueva
con Toledo y Ciudad Real,
pero aún hay en las Españas
más Castillas que alumbrar.

Decidle que en estas tierras
que acabamos de ganar
al moro con nuestra sangre,
hay que volver a sembrar,
porque no sean campos yermos
donde sólo el galopar
de los corceles de guerra
deje su huella al pasar.

Decidle que junte bajo
del solo poder real
todas las villas y pueblos
que hoy tributan al feudal.

Para que el reino prospere,
que aprendan a comerciar
los pecheros castellanos,
que hoy sólo saben luchar.

Y así, cuando sea Castilla
un pueblo fuerte en la paz,
que multiplique sus hijos
y sus arados al par;

Cuando de los otros reinos
vengan los sabios acá
y entren en nuestras escuelas
a aprender, que no a enseñar,
entonces podrá Castilla
ir pensando en descansar.

Decidle al rey lo que he dicho,
que es mi consejo leal,
y porque me estoy muriendo

lo estimará en lo que val.

Decid también al Concejo
que gobierna la ciudad,
que mi cargo de justicia
no quede sin ocupar,
para que no mengüe el duelo
lo que es de ley sustentar.

Que lo mesmo que hasta ahora,
cumpla y cele cada cual,
y que al que no cele y cumpla
le quiten de gobernar,
pues el que yo lo nombrara
no excusa de bien celar,
antes el ser mi allegado
reclama y obliga más.

Y en esto no haya excepciones,
que es causa de mucho mal,
y doy por bien cualquier fuerza,
pues que yo la hiciera igual.

Para formar el Concejo
gende derecha buscad,
que no sea de pocos años,
porque el vino y el refrán,
y el gobernante y el libro
van ganando con la edad.

Pero cuidad que tampoco
se peque en esto de más,
pues las reliquias son buenas
sólo para en el altar,
y no siempre por ser viejo
aprende el hombre a mandar,
que al que Dios no lae da seso
los años no se lo dan.

Antes de elegir alguno,
muy despacio lo mirad;
que en pocas cosas como ésta
es tan fácil el errar.

Cuidad que su casa sea
de buen gobierno ejemplar,

pues no rige bien un pueblo
quien rige una casa mal.

Si alguna vez de consejo
hubieras necesidad,
tomadlo a todos por junto
y a nadie en particular,
porque el interés de uno
no dañe al bien comunal.

Lleve el alcalde su vara
y no la suelta jamás,
porque no pierda memoria
que ha de ser su voluntad
recta, sin torcerse a halagos
ni a amenazas por igual,
y recia, porque sin fuerza
no cabe juez imparcial.

Estos avisos os dejo;
más os quisiera dejar.
Tomad el que fuera bueno
y el que no, lo desechad,
que no he de pediros cuentas,
pues las estoy dando ya.

Nombro por mis albaceas
a mi buen sobrino Alvar,
al noble obispo don Lope
y a don Martín de Gormaz.

Así lo ortogo; yo, el Cid
Ruy Díaz de Vivar.

Termina el Cid su larga prédica. El escribano
garrapatea sus fórmulas en letra procesal,
pausadamente. El Cid tiende la mano

y firma el pergamino. El latín medieval
esmalta la escritura con románicos trazos;
florece ya el romance en la prosa curial.

El Cid cierra los ojos fatigados, los brazos
cruzando sobre el pecho. El rábula le mira
con pesar, mientras va anudando los lazos

de su carpeta. Luego su tintero retira
ya guarda en una bolsa de piel. Desde la puerta
hace una reverencia al marcharse y suspira.

Van pasando las horas. El Cid, enfebrecido,
pide agua. Jimena, solícita, le vela.
Rodrigo balbucea palabras sin sentido.

De tiempo en tiempo se oye pasear al centinela.
En el zaguán repasa su rosario una dueña,
y un paje descabeza su turno en dormivela.

El Cid abre los ojos; con una vaga seña,
sonríe: "Esto se acaba, Jimena", y, tistemente:
" ¡Qué solo estaré en San Pedro de Cardeña!"

Ella dice: "Muy pronto me tendrás nuevamente
al lado para siempre." Y con dulce cuidado
le enjuga el sudor que le perla la frente.

El Cid se agita a poco. El pecho le jadea
como si fuera el lecho un campo de batalla
donde a la misma Muerte presentara pelea.

Luego, el ronco adear que en la boca le estalla
se torna, poco a poco, en un suave estertor.
Luego, silencio. El respirar se acalla.

Y al seno del Señor
se remontaba el alma del Cid Campeador.

Real fábrica de Tapices de Burgos

Este sol y este campo y este cielo
no son Los que has pintado en tus tapices.

Allí hay verdes amables a los ojos;
aquí, montes rojizos y desnudos.
Se opone el agua fresca y rumorosa
a la seca aspereza de los surcos;
la muelle horizontal del césped tierno
a la afilada vertical del chopo
que busca, polvoriento, entre las nubes
el agua que le niega el suelo ardiente.

Castilla no es tapiz, y por no serlo
bien puede permitirse, como en broma,
jugar con los colores en la trama
para decir después de concluído
el tapiz de primor: "No me da envidia."

Fábrica de tapices la de Burgos,
gran obrador de noble artesanía
en la que a golpes de telar se teje
la pompa deslumbrante y suntuosa
de las alfombras y tapices reales.

Maese Bernardo de Espinosa, el Viejo,
dirige la labor. Petra Gonzálvez
atiende al golpe de la lanzadera,
que viene y va con tan garboso juego,
que se dijera un lance de política.
El niño Juan va disponiendo el hilo.
Dios hace lo demás: que estos tapices
que están labrando son para ele adorno
de la capilla del obispo Rada.

Bermardo el Viejo piensa en acabarlos
para después de Pascua. Serán doce,
como los hijos de Jacob, sus hijos,
estes tapices en los que el trabajo
de irlos haciendo tiene recompensa
con recrearse en verlos terminados.

Será el mejor instante de su vida
cuando entre nubes de oloroso incienso
los vea tendidos, como hermosas velas
de barco, en la capilla empavesada.

Petra Gonzálvez sueña con tapices
de flores imposibles, no creadas.
Le tiembla el seno levemente cuando
suspíra sin saber por qué suspira.

Acaso el gran don DIego de Velázquez
copiara este modelo al encontrarla
para aquel cuadro de "Las Hilanderas".

Porque es así Petra Gonzálvez: entre
villano y noble el porte, tan hermosa
como para tentar a un eremita,
y tan discreta como un escolástico.

Y aunque teje tapices, bien pudiera
ser ella misma retratada en ellos,
y a buen seguro que les diera envidia
a las matronas de los Gobelinos.

Fábrica de tapices la de Burgos,
gran obrador de noble artesanía
con algo de Versalles y de Brujas,
dos de flamenco y tres de florentino.

Los cartones, pintados diestramente
para servir de muestra a los telares,
están allí arrimados a los muros.

CARTÓN PRIMERO
Don Felipe IV. – Retrato ecuestre

Un prado y un arroyo
sierven de fondo en tonos verdiazules.
Al lado izquierdo se adivina un árbol
del que apenas se ven más que las ramas.

En el centro, a caballo, en un caballo
grande y redondo que bracea en el aire,
está Felipe Cuarto. Una coraza
de pulido metal, bajo la banda
de seda roja. Seda en los gregüescos
y más seda en las calzas, y bordados
en la gualdrapa del caballo, y oro
en los herrajes del arnés, y plata
en los estribos y en la baticola.

En una mano, Don Felipe Cuarto
empuña un catalejo; con la otra,
sostiene el largo vielo de las bridas.

El caballo parece perguntarse:
" ¿Vamos de fiesta, o vamos de batalla?"

CARTÓN SEGUNDO

ESCENAS PINTORESCAS: LOS GIGANTONES.

El alegre pueblo,
que es feliz los domingos por la tarde,
tiene hoy fiesta mayor.

Las campanas atruenan el espacio
disputándole sítio a los cohetes.
Es víspera de Corpus y buen tiempo
que saca de su casa a los vecinos.

Un bullicio infantil corre las calles
con son de tamboriles y de gaitas.
¡Los gigantones, madre!
Por la esquina
aparecen tan serios y tan largos,
con su cara de palo y su corona,
mirando a los balcones de reojo.

Delante va el tropel de giganrillos
dando con el zurriago a los muchachos;
Y una seria pareja: él con su capa
muy vestido de alcalde,
y ella con moño lleno de alfileres
y delantal y sayas y corpiño;
hacen una parada en cada plaza
y al compás de la gaita echan un baile.

¡Los gigantones, madre!
Ya se marchan.
¡Y qué tiesos que van la calle abajo!
Entre alboroto de chiquillería,
el ruido del tambor se va apagando.

Campanas y campanas y campanas
–es víspera del Corpus–.

Y cohetes, cohetes, más cohetes.

El panadero, blanco hasta los ojos,
rebozado en harina, sale afuera
de su tahona; el carpintero,
lleno de virutas,
cruza la calle. Lían un cigarro,
charlan y fuman, mientras que se citan
para, dentro de un rato, cuando cierren,
ir a jugar una partida juntos
y tomarse una jarra mano a mano...

Mirando este tapiz yo me pregunto:
¿Es de hoy, o es del siglo diecisiete?
El tiempo cambia, pero hay algo dentro
de nuestro ser que vive y que perdura.

Y Dios nos guarde así por mucho tiempo,
que esa continuidad que hay en la vida
de nuestro pueblo al paso de los siglos
¡Es el vigor eterno de Castilla!

Baladasa y caniones de la "rueda, rueda"

Riberas del Arlanzón

Riberas del Arlanzón,
mañanita de San Juan,
¿qué bordará la niña
llorando sin cesar?

Bordaba una bandera
de plata y de cendal
para el Tercio de Burgos
que a la guerra se va.

Con tambores y pífanos
yo le vide pasar
debajo los balcones
de la calle Real.
– ¿Por quíen, lloras, la niña?
¿por quién tanto llorar?

– Porque el duque de lerma,
que va de capitán.

¡Ay, quíen fuera una pluma
de pintado faisán,
para ir en su chambergo
tan bizarro y galán!

– Niña, la Blancaniña,
deja el dulce soñar.

(Sobre los chopos altos
volaba un gavilán.)

Riberas del Arlanzón,
mañanita de San Juan,
¿qué bordaba la niña
con aguja y dedal?

Bordando está un pañuelo
de blanco tafetán
para el duque de Lerma,
que por Flandes está.

–El aire de la guerra
¡qué bien le rizará

la su barba galana
y el mostacho galán!...

–Niña, la Blancaniña,
deja el dulce soñar,
porque tú no eres nada
y él es un capitán.

–Ay madre, la mi madre,
y eso ¿que importará?
Bordado en la bandera
de plata y de cendal
mi corazón le puse
y con él estará
en la guerra de Flandes
hasta que se vuelva acá.

¡Ay la barba rizada
del mozo capitán...!
–Niña, la Blancaniña,
borda y no sueñes más.

(Con el pico de sangre
volaba un gavilán.)

– Niña, la Blancaniña,
mañana has de bordar
una mortaja negra
con corona ducal.

¡Capitán de los Tercios
tan mozo y tan galán!
Por las calles de Burgos
le llevan a enterrar
entre cruces y cirios
y en caja de cristal.

Por las calles de Brugos
tres pajarillos van
encima de la urna
cantnado el pío pa.

¡Ay triste Blancaniña!
Ya no le verás más
con chambergo de plumas
en su potro alazán.

(Sobre los chopos altos,
volar que te volar
una paloma muerta
llevaba el gavilán.)

Balada de Madama Belisa

Al alba querría
con vos platicar.
Mirad, alma mía,
que os tengo de hablar.

No más mi impaciencia
sabría aguardar.
Cuando nazca el día
os he de esperar.

Coqueta y esquiva
quedó pensativa
y así respondío:

–Señor caballero,
otro fué primero
que mi amor logró.

En danzas y risa
el tiempo que fué
se fué tan aprisa,
tan raudo se fué...

Acaso nos diga
la brisa por qué
Madama Belisa
tan sola se ve.

–Agora vinieras,
y aquí me tuvieras
rendida de amor.

–Ya es tarde, señora;
aprended agora
lo que es el dolor.

Dillanesca

Moliendo estaba el molino,
¡ay madre!, harina de flor
y cantaba el molinero
cuando despuntaba el sol.

La niña bajando a misa,
¡ay madre!, por que le oyó,
a la puerta del molino
misa y corazón perdió.

Campanita de la torre
mediodía cuenta el sol.
La niña entraba en la iglesia
para hacer la confesión.

Del pecado de la misa
le dió el cura absolución.
Molinero, Molinero,
¿quién me absuelve de tu amor?

Rondel de corro

Ay tardecica tarde
de la plazuela,
cuando las niñas cantan
la rueda, rueda.

Dando vueltas al coro
se riza la canción:

"En el huerto nace la rosa
nace la rosa de fino color,
mas la rosa con ser tan hermosa,
pierde su gracia si no se cortó."

Tristeza de pisos altos
sin geranios ni claveles.
En los cristales se quiebra
un sol lejano que muere
dejando sangre en las nubes
y canela en las paredes.

En los siete miradores
bordaban siete mujeres
con un ensueño en los ojos
y un pensamiento en las sienes.

¡Ay, que brillo el de las nubes
azules, rojas y verdes!
¡Ay, qué sol el de la tarde
que tan lejano se muere!

Dando vueltas al corro
canta el son infantil:

"Que me muero de amores
desde que te vi..."

En los siete miradores
bordaban siete mujeres;
la tarde, larga que larga
como el hilo del carrete.

Allá abajo, la plazuela
de tan abajo se pierde.
¡Qué cerca el cielo, qué cierca!

El sol va como un jinete
sobre un caballo de nubes
azules, rojas verdes.

Allá abajo, la plazuela
de tan abajo se pierde.
Por la plazuela cuzaban,
un hombre tras otro, siete.

¡Ay qué ensueño el de los ojos
que nos acertaron a verles!

Dando vueltas el corro
canta el cantal aquel:

"... que quiero casarme
y no sé con quién."

Tristeza de pisos altos
sin geranios ni claveles.
En los siete miradores
bordaban siete mujeres.
Eran siete viejecitas
–hilos de plata en las sienes–
con un ensueño en los ojos,
borda que borda las siete.

La rueda, rueda seguía
como sigue y sigue siempre.
Pero el tiempo que se marcha
ya no vuelve...

Miniaturas

Un hidalgo

El airón de mi capa aventurera
que en los bellos jardines florentinos
fué alfombra de chapines femeninos
y en los campos de Flandes fué bandera,

lo cambiaría, si posible fuera,
por la estameña de los peregrinos,
y errante por las villas y caminos,
peregrino de Dios humilde fuera.

Pero ¡ay!, que no es posible, bien lo veo,
porque mis ojos van detrás de cada
mujer que pasa, ardientes de deseo.

Y si encuentro la plaza ya sitiada,
sin importarme ser verdugo o reo,
mi mano vuela al puño de mi espada.

Una dama

La blanca abadesa de manos de lirio
en el Monasterio de Santa Isabel
se iba consumiendo cual pálido cirio
–los labios exangües, los ojos de miel–.

Guardaba un secreto. En tiempo lejano,
del Infanzonazgo ella fué condessa,
y en prenda de amores ofreció su mano
a un vizconde rubio de tierra francesa.

Estaba empezando la guerra carlista,
y por la bandera tradicionalista
el vizconde rubio murió en el Maestrazgo.

Y entonces, trasida de dolor cruento,
dejó sus riquezas y entró en el convento
la blanca condesa del Infanzonazgo.

Decian las tres hermanas...

ALICIA:
Hilando en mi rueca de oro
mis cabellos como el sol,
de tanto llorar a solas
se marchitó mi color.
Pero el príncipe soñado
no llegó

ESPERANZA:
Endulzáronse mis ojos
azules, con el dulzor
de la esperanza en que siempre
esperó mi corazón.
Pero el príncipe soñado
no llegó.

LAURA:
Pues con ser tan grande el vuestro,
el dolor mío es mayor.
Porque yo no tuve ensueños
de esperanza ni de amor,
y mi príncipe soñado
ya pasó...

Trovas de amor y primavera

Madrigal en tres sonetos a los ojos de la Condestablesa

I

Por qué en rigor os encerráis, señora,
si en espera impaciente espero, cuando
los dulces ojos que me están mirando
contesten la pregunta que en mí aflora?

¡Oh, cuán largo tormento este de agora!
Mi silenciosa calma acibarando,
la clepsidra del tiempo está colmando
ya de urgentes anhelos esta hora.

¿No adivináis, señora, mi secreto?
Burloncillo Cupido, lanzó inquieto
un dardo de su aljaba, tan de prisa,

que hurtar el corazón no pude. Muero
de dulce muerte, y entre tanto espero
que acaba de llegar vuestra sonrisa.

II

¡Con que traición estoy a vuestro lado
el corazón de deslealtades lleno!
Las horas paso a vuestra charla ajeno,
rendido a otro coloqui apasionado.

Unos ojuelos hanme cautivado
para mi mal, y en su mirar sereno
vuestra belleza olvido, y no me apeno
de en tal sazón haberos engañado.

Yo les pregunto, y ellos me responden,
ora con risas o con llantos ora,
¡ y me matan de amor cuando se esconden!

Ya mi traición os confesé, señora,
mas no pongáis en mí vuestros enojos,
que los ojos que hablé son vuestros ojos.

III

Tercio pelo aterido de los párpados,
¡qué imán suave para besos nuevos!
Violetas sin olor de las ojeras,
¡ que silencio de lágrimas gozosas!

Pestañas afiladas como flechas
siempre agresivas y desafiantes,

¡qué tentación para entablar torneos
de tímidas miradas indiscretas!

Ojos negros, en fin, indiferentes,
pues no sabéis este lenguaje mudo
de un corazón herido por vosotros,

¡qué pozos de negruras insondables
a los que, sin dudar, me arrojaría
en buscadel amor o de la muerte!

Pregón de juglaria

Siglo XV

(fragmentos del poema "La ronda florida". Premio de honor en los Juegos florales de Périda.)

Cantores del Amor que, peregrinos
llevando al hombro el hato de ropilla
y la viola terciada, de Castilla
hasta Provenza vais por los caminos.

Juglares que corréis por los mesones
cantando coplas y diciendo versos
por distraer auditorios tan diversos
como son: nobles, clérigos o hampones.

Y trovadores pálidos y bellos
que el corazón como una rosa grana
tenéis aprisionado en los cabellos
de alguna hermosa esquiva castellana.

Todos los que sabéis del "Gay decir",
todos los que decís del "Gay saber",
callad vuestras tonadas, y atender
la buena nova que me vais a oír.

Cerca de la Gascona y la Bretaña,
por bajo de Champaña y Normandía,
hay un castillo claro como el día,
hidalgo y noble como los de España.

En él mora una dama tan fermosa
como la luna, pura como el aura;
tiene por nombre Clemencina Isaura
y es de grácil lo mismo que una rosa.

La aclaman por su reina los pecheros,
le rinden vasallaje los señores,
más de un rey a sus plantas gime amores,
y la sirven doscientos caballeros.

Mas Clemencina Isaura a nadie quiere,
rechaza a aquel que de ella se enamora,
y en sus estancias virginales llora
de mal de hastío, y de tristeza muere.

Y para distraerla, en derredor
de aquel castillo acuden los juglares
y trovadores, para sus cantares
recitarle en las Cortes del Amor.

Ya pronto llegará la primavera,

las Cortes del Amor comenzarán,
y a ellas los trovadores llegarán
ilusionados por la gran quimera

de lograr el amor de Clemencina.
Ésta será la enseña y la bandera
que inspirará al poeta cula primera
musa de la estación que se avecina.

¡Abril llegó! Florecen los rosales.
La poesía es la llave del Amor.
¿Quién logrará el laurel de vencedor
en estos sin igual Juegos Florales?

Todos los que sabéis del "Gay decir",
todos los que decís del "Gay saber",
callad vuestras tonadas, y atender
la buena nova que acabáis de oír.

Id puliendo el romance o la cantiga
de lenguaje retórico y galano,
en la que con estilo cortesano
la dulce historia del Amor se diga.

¡Y en la lumbrera de la estrella mía,
trovadores, juglares y cantores,
enceded con desvelo de amadores
la antorcha del Mester de Juglaría!

Carta del halconero

I

La regia caravana, con estruendo
de trompas y atambores, se partía
valle adelante, su camino haciendo
bajo el primer albor del nuevo día.

Al piafar de los brutos se encendía
la sangre moza, y la maleza abriendo
iba con juvenil algarabía
la tropa alegre de gentil atuendo.

Con risas y canciones y llamadas
al ir la cabalgata por los cerros
seguida de incontables servidores,

brillaba el sol en hojas aceradas,
y latían al cielo azul los perros,
los atraillados perros cazadores.

II

Fuimos hasta Espinosa, y regresamos
cansados y contentos de la fiesta,
con el azor al puño y la ballesta
sin más flechas, pues todas agotamos.

Y te diré, en secreto, que a ninguna
paloma le solte mi halcón hambriento,
pues no quise tener remordimiento
en día como hoy, de tal fortuna.

Cuando volando por el claro cielo
las veía pasar, en ti pensaba,
y refenaba de mi halcón el vuelo.

Pues si a Burgos su vuelo encaminaba,
cada paloma blanca era un pañuelo
con que, diciendo adiós, te saludaba.

Lugareja

Se me envehece el alma y el semblante,
¡ay corazón que hubiste primavera!
Ya el tamboril gozoso en la pradera
no aguza para mí su son picante.

Cerrado el corro del tropel danzante,
cogidos por las manos –y yo fuera –,
su rítmico brincar sobra la era
ahogó sin gesto mi último desplante.

Serenatas ayer ante las rejas,
lunas de ronda en filo de cuchillo.
¡Oh sueño para siempre desvelado!

En el lagar del baile, las parejas
pisan este saberme tan sencillo,
definitivamente arriconado.

Romancillo de la niña burlada

I

La niña estaba bordando
junto al dorado vitral.
La dueña, sentada al lado,
dormita y reza a la par.
Por el camino del bosque
que junto al balcón va a dar,
un caballero venía
en sudoroso alazán.
Gerifalte trae al puño,
porque viene de cazar,
y un ramo de rosas grana
que a su dama va a llevar.

La niña suspira al verle,
no sé si por el galán
o por el ramo de flores,
que envidia y celos le dan.

Y al ver suspirar la niña
su caballo fué a parar
junto al balcón del palacio
donde ella estaba a bordar.

Allí hablara el caballero,
bien oiréis lo que dirá:

–¿Qué suspiras, niña hermosa?
¿Por qué tanto suspirar?

La niña toda turbada,
no le osara contestar,
pero señalada a la dueña
que al lado dormida está.

– No tenga temor la niña,
temor no tenga en verdad,
que la dueña está dormida
y no se ha de despertar.

Respondiérale la niña,
sabréis lo que respondrá.

–Calla, calla, caballero,
no me vengas a rondar.
¿Para quién son esas flores

que al bosque fuiste a cortar?

–Son para ti, bella niña,
constestáble el galán.
Son para adornar tu pelo
y el raso de tu brial.

El caballero a la niña
el ramo de flores da,
y la niña al caballero,
como regalo sin par,
sus labios como cerezas
le daba para besar.

Estando los dos en esto,
la dueña va a despertar,
y el garrido caballero
da espuelas al alazán.

–Adiós, adiós, bella niña,
y mañana me esperad.
–Adiós, mi buen caballero,
mañana venme a buscar.

Caballero en su caballo,
el caballero se va.

Cuando la dueña despierta,
la niña borda el brial.
La niña borda y suspira
toda encendida la faz.
Torna y retorna la aguja,
torna la dueña a rezar.

Por el camino del bosque
el aire lleva un cantar,
lo cantaba en la fuente
las mocicas del lugar:

"Amores que van y vienen,
niña, no quieras tomar,
porque ésos son como el viento
mañanita de San Juan."

II

A cazar va el caballero,

mañanita de San Juan,
por el camino del bosque,
y con él su dama va.

La niña, desde el palacio,
les viera por el vitral
de aquel balcón donde borda
–oro y seda–su brial.

Ve con Dios, mal caballero,
bien me supiste engañar.
Me embrujaste con tus flores,
tus labios me hicieron mal,
y mi corazón amante,
que amante que quise dar,
lo pusiste como cebo
al pico de tu alcotan.

Ve con Dios, mal caballero,
ben me supiste engañar.
Vete a cazar con tu dama
la mañana de San Juan.

La niña suspira y llora
junto al dorado vitral.
No la consuela la dueña
que la viene a consolar,
ni el canto de sus bufones,
ni el verso de su juglar.

El brial que ella bordaba
para mortaja será,
porque la niña, de pena
y amores, muriendo está.

Por el camino del bosque
el aire lleva un cantar
–lo cantaba el caballero
que con su dama se va–.

"Amores que van y vienen,
niña, no quieras tomar,
porque ésos son como el viento
mañanita de San Juan."

Decires que el pueblo fabla

Finado el año

Año viejo que ya te has ido
–agua pasada que has molido–,
abtes de hundirte en el olvido
he que quedarte agradecido.
Me has dado cuanto te he pedido.

Meses de eneroy de febrero,
calor del familiar brasero
al lado de aquellos que quiero,
año viejo honrado y casero.

Mes de marzo y mes de abril,
tras los cristales aguas mil
y tras las aguas cielo añil,
traje de fiesta del año gentil.

Mes de mayo, mes del amor,
mes de la hierba en alcor
y las doncellas con rubor.
Año galano, mayo en flor.

Junio y julio, meses de estío,
tiempo de siega y vocerío,
seca garganta, porrón frío,
siesta en la sombra junto al río.

Agosto, fuego; septiembre, viento;
agosto, aprisa; septiembre, lento;
guarda la viña el ojo atento;
mes de la arada y del sarmiento.

Sembré en octubre si aré antes;
mes de mendigos y tunantes,
de ferias y de comediantes;
mes triste de los estudiantes.

Otoño y noviembre van juntos;
hacen los muertos sus asuntos,
ensalman las brujas sus untos;
mes de los trasgos y difuntos.

Mes de diciembre, viejo y bravo,
el año desuella su rabo;
entre agua y nieve se fué al cabo,
pero nos dió turrón y pavo.

Año viejo que ya te has ido,
antes de hundirte en el olvido
he de quedarte agradecido.
Me has dado cuanto te he pedido.

Me diste amor en primavera,
en el verano sombra y era;
en el otoño, sememntera,
y en el invierno, hogar y hoguera.
¡Quien más pidiera loco fuera!

Salterio divino

Patio conventual

Patio conventual, columnas grises,
brocal de pozo y paredones viejos
en donde al sol de otoño, por la tarde,
chillan negras bandadas de vencejos.

Silencio hecho de mirtos y de incienso.
–Una ventana que da al coro, deja
oírse un armonio sollozante, y verse
sombras encapuchadas tras la reja. –

Viene con el crepúsculo, cercana,
la oración de metal que, lenta y grave,
reza sobre la torre una campana.

Y al beso de estas cosas tan sencillas,
lleno de unción monástica y suave,
mi corazón se ha puesto de rodillas.

Meditación de la vida

Oh prenda a un tiempo dulce y engañosa,
carga preciada si que deleznable,
que al dejarte pareces codiciable
y mientras te llevamos, enojosa!

Camino natural e inexcusable
para alcanzar al fin más alta cosa.
¡Cuán procuras trocarnos mentirosa
el medio en fin, lo actual en perdurable!

El bien y el mal disfrazas por manera
tan sutil y diabólica, que ante
tu anuncio se conturba el alma fuerte.

Y hasta el más justo siente, aunque no quiera,
el tormento cruel y lacerante
de haber nacido condenado a muerte.

Coplas de la vida y la muerte

VIVIR: quien dijo vivir
dijo morir poco a poco,
y ¡qué necio fué y qué loco
quien dijo al morir, morir!

La vida en búsqueda errante
de llenar nuestro vacio
es una muerte constante,
y el morir, vivir fragante
renunciando al albedrío.

Vivir es ser caminante,
hojuela que arrastra el río,
mariposilla inconstante
que en peregrinar baldío
tras la ilusión de la suerte,
sin descansar un instante,
siempre camina adelante
hasta llegar a la muerte.

Vivir es irnos quemando
en estériles afanes
y, entre trabajos y planes,
ver que el tiempo va pasando.

Hasta que llegado el día,
puesto ya el pie en el estribo,
en el punto decisivo
de que nadie se desvía,
hacer saldo y hallar, nada,
la amargura desolada
de una jornada vacía
que tan larga parecía
y tan presto fué acabada.

Nueve décimas al glorioso San José, Patrono del Círculo Católico de Obreros

I

José, esposos de María,
blanco lirio nazareno,
tan de claridad lleno
que ciegas la luz del día.
En la amorosa porfía
se crece tu santidad,
pues logra tu castidad,
por rendida y extremada,
sin conocer desposada
conocer paternidad.

II

¡Al alba! ¡Al alba! Desnuda
muestra el almendro su flor.
Baña el rocío el alcor
de salivilla menuda.
Cuando el alma se demuda
con deliquios celestiales,
en éxtasis prenupciales
se desvanece María.
¡Ay, qué alegre romería
de celajes matinales!

III

Tu vara florida estrena
su flor más preciada. Que
hoy confiada te fué
la más cándida azucena.
María, de gracia plena,
a tu casa es bien venida.
Tocad a gloria en seguida,
campanas de Nazaré,
que hoy se casa con José
la que es de Dios elegida.

IV

¡Con qué temblor delicado
el alma tienes cautiva!
¡Oh llama de amores viva
en que mueres abrasado!
Ajeno a todo cuidado
amas a Dios en tu esposa,
y Dios en ella reposa
como en cáliz admirable.

¡Oh misterio indescifrable
de trinidad amorosa!

V

Anunciada es ya María
por él arcángel Gabriel.
¡Oh, cuánto dulzor de miel
saturado el mediodía!
Con oro de sol querría
un corpiño irse bordando
para dar abrigo blando
al que palpita en su seno.
–José, con gozo sereno,
yna cuna está labrando. –

VI

¡Oh servidumbre dichosa
la del oficio artesano,
lejos del ruido mundano!
¡Oh soledad venturosa!
Tras la jornada afanosa,
dejar al cuerpo vencido
el reposo merecido,
y el alma ofrecer a Dios.
¡Qué ejemplo hallamos en Vos,
el en buen hora nacido!

VII

Para tu boca, un afán
de oración en cada instante.
Una ternura constante
que tus palabras dirán.
Tan depurados están
tu voz y tu pensamiento,
que ya no presentimiento,
sino certidumbre cierta.
Jesús saldrá de tu puerta
por tu dicha y tu tormento.

VIII

Con esperanza rendida
vienen las Corporaciones
–estandartes y pendones–
que tu Patrocinio cuida.
Hasta tu vara florida

tu intercesión nos levante
y gane tu vigilante
celo–Patrón, Patriarca–
que no zozobre la barca
de la Iglesia Militante.

y IX

En el celeste obrador
trabajando están sus manos.
Por rey de los artesanos
le ha señalado el Señor.
Con tanta prisa y amor,
que de amor me desespero,
una obra encargarte quiero
que admitir no puede calma.
Talla el cedro de mi alma,
¡oh celestial carpinteiro!

El poema de las Catedrales

(Galardonado en la fiesta de las Letras de Barcelona, en 1946)

Serventesio
(En el terror del año Mil)

CASTELLANOS, castellanos,
llegó la hora de pechar,
u aun fidalgos que non pechan
no lo podrán excusar,
que a juicio nos llama el cielo
porque el mundo va a acabar.

Es hora del Apocalipsi
en el relogio de San Juan.

Desde que muiró Jesu Christo
mil años pasados van;
los hombres non son mejores
nin se cansan de pecar.
El plazo que se nos daba
para el perdón alcanzar,
agora se va finando;
non supimos dél usar.

Es hora del Apocalipsi
en el relogio de San Juan.

Gastemos en penitencia
lo que allegamos tan mal.
Granjerías y tesoros
a las iglesias mandad.
Dadivosos de limosnas
que nos han de aprovechar,
levantemos catedrales,
que buen cobijo serán,
si muertos, para enterrarnos,
si vivos, para rezar.

Es hora del Apocalipsi
en el relogio de San Juan.

Gremial

Din, dan.
Obrador de cantería
San Bernarndino de Atienza.
Los cinceles van tallando
oraciones en la piedra.

Din, dan. A Santa María,
San Yago, Santo Tomás,
desgranan la letanía
los martillos a compás.

Sombraluces imprevistas,
los perfiles monacales
y los austeros sayales
de los cuatro evangelistas.

Arcadas de los cruceros...
Tímpanos de las portadas...
Retablos imagineros...

En un obscuro rincón,
un labrado capitel
con un crismón,
y la leyenda al piel de él
dice: "Me fecit Per Antón."

Catedralicio

Se han reunido a capítulo
cuatrocientas columnas
en hileras. Parece
discutir su concilio
algún grave problema
de sutil teología.

Entreveladas luces
por los altos vitrales policromos
invitan al silencio
y al diálogo con Dios.

Al diálogo con Dios
en lenguaje romance
y con áspero verbo,
que no se hizo el románico
para deliquios ni éxtasis:

> "Te tengo aquí, Señor,
> dentro de mi coraza,
> golpeando su hierro,
> que es como un tabernáculo.
>
> Te tengo aquí, Señor,
> y mi lanza y mi escudo,
> movidos por tu brazo
> se van a la Cruzada."

Abades y diáconos
musitan viejas preces
ante los facistoles
de los evangeliarios.

En las capas pluviales
se animan los bordados
con resplandor de antorchas,
quemándoles la carne.

Hincada de rodillas,
al lado del trascoro,
una dueña suspira
y hace cruces al Malo.

Mendigos en la puerta

aguardando limosnas,
en nombre de San Lázaro
tienden la diestra pedigüeña y devota.

Voces de la sombría
y remota Edad Media
heroica y primitiva.
Olor de santidad...

El voto del aceite
las actas del Concejo
renuevan cada año.

Y ayer de Roma vino
un breve que designa
a don Sancho Bernáldez
Arzobispo de Burgos.

Rincón

Capilla de las Rejas,
filigrana de hierros.
–Un manojo de lanzas
detrás del presbiterio. –
Piadosas manos blancas
renuevan los floreros.
Rezos al alba.
Las imágenes
estilizadas
asoman por los ojos
de piedra
el alma.

Un rosetón
–encaje de granito–.
Por él se ve un jirón
de azul
y un pedazo de torre.

Rezos al alba. El campanil repica.
En torno al campanario
¡vuela la cigüeñica!

Claustro

Arcos de piedra berroqueña,
galería en torno de un ciprés,
que igual que otra torre pequeña
junto a la torre grande es.
–En la pared, pintado, sueña
nuevo martirio San Andrés. –

La piedra del suelo se entrama
con una losa sepulcral.
Bajo los arcos se derrama,
gota a gota, el sol vesperal,
que, como un rescoldo sin llama,
entibia la frialdad claustral.

Y generosa-
mente calienta
la osamenta
que está debajo de la losa.

Canto llano

Xristos, Xristos
Divino Redentor,
en tu cruz aprendemos
a abrazar el dolor.
La vida es sólo transito
hacia el reino de Dios.
Tras el valle de lágrimas
nos espera el Criador.

Xristos, Xristos.

El orbe entero aclama
tu nombre salvador.

La benedición del Padre
descienda sobre nos.

Xristos, Xristos...

ILUSTRARON ESTE LIBRO: FRANCISCO
RUIZ Y URBANO JOSÉ ELORDI

SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES DE EDITORIAL AL-
DECOA, EL 3 DE DICIEMBRE
DE 1946, DÍA DE SAN
FRANCISCO JA-
VIER

L A U S   D E O